te los combates se decidían a favor de los españoles, la aparente pasividad de los aztecas era explicable, al huir los españoles de Tenochtitlán, Cuitláhuac advirtió que la sociedad estaba llena de partidarios de Cortés, entre ellos varios hijos y hermanos de Moctezuma que encabezaron una rebelión armada para apoderarse del gobierno, Cuitláhuac concertó sus esfuerzos en liquidar a los colaboracionistas, conseguido esto tras ser una serie de purgas y pequeñas revueltas sangrientas, Cuitláhuac se apresuró a atender la cuestión militar, durante la batalla de la noche triste, muchos pueblos sometidos se le habían revelado creyendo que los aztecas perderían, Cuitláhuac mandó sus ejércitos para darles un escarmiento, pero la misma severidad con que fueron tratados los vencidos, acabó por orillarlos a ver en los españoles su tabla de salvación. En septiembre Cuitláhuac envió mensajeros a Tlaxcala para ofrecer a sus gobernantes amistad y riqueza a cambio de que la abandonaran el bando europeo, aunque Xicoténcatl el joven, se mostró partidario de aceptar la oferta, los viejos caciques permanecieron leales al bando español y fracasada la misión, los aztecas regresaron a su ciudad.

Especial importancia en el debilitamiento azteca tuvo una especie de "bomba bacteriológica" que Cortés sin saberlo dejó en Tenochtitlán, uno de los soldados de Narváez enfermó de viruela, enfermedad desconocida en México, los indígenas carecían de defensas naturales contra ella y cundió una mortandad de tintes apocalípticos, ya nadie podía andar, nomás estaban acostados tendidos en la cama; gran parte de la siembra de maíz se estropeó por falta de brazos para levantarla, la epidemia se extendió del Golfo al Pacífico y perecieron centenares de miles de individuos; entre los muertos que dejó la viruela en Tenochtitlán estaba Cuitláhuac, fallecido a principios de diciembre después de terrible agonía; su desaparición determinó que otro hijo de Moctezuma, partidario de Cortés intentara dar un golpe de estado; fue necesario ahogar en sangre la rebelión para que Cuauhtémoc, soberano de Tlatelolco, pudiera ser elevado a Rey de Tenochtitlán. Cuauhtémoc tenía entre 20 y 25 años de edad; además de ser monarca de Tlatelolco, había desempeñado por encargo de Cuitláhuac los puestos de sumo sacerdote de Tenochtitlán y jefe de los ejércitos de la triple alianza. Guerrero formidable, imponía tal respeto a sus subordinados que muchos temblaban ante su presencia, a estos merecimientos añadía otro mayor: era hijo de Ahuizotl, el implacable antecesor de Moctezuma; el nombre de este monarca todavía llenaba de pavor a los pueblos mesoamericanos y el hecho de que los electores escogerían descendiente suyo como gobernante constituía una advertencia muy clara; al asumir el mando, Cuauhtémoc dedicó sus esfuerzos más empeñosos a la labor diplomática, sus embajadores visitaron diversos pueblos tributarios para ofrecer paz y libertad a cambio de apoyo y entusiasmo.

Desprovisto de los alimentos que antes le llegaban de Veracruz, de Oaxaca y del sureste, Cuauhtémoc enfocó sus miras a la costa del Pacífico, hacia el territorio de los tarascos; pero el cacique tarasco era un anciano rencoroso que se sentía ufano de las glorias de su pueblo, era el único que había sido capaz de derrotar a los aztecas en una batalla, "ustedes defiéndanse solos, cuando los extranjeros ataquen nuestras tierras nosotros seremos lo suficientemente hombres para defenderlos", fue la contestación del cacique de los tarascos. Semanas después, la epidemia de viruela llegó a Michoacán y el viejo cacique murió.

La mala noticia llegó junto con otras no menos alarmantes, los débiles ejércitos que Cuauhtémoc mandó contra los españoles habían sucumbido una y otra vez por su desventaja numérica, viendo que se quedaba solo, Cuauhtémoc mandó abrir pozos y levantar barricadas para mejorar las fortificaciones de Tenochtitlán. Como última medida, ordenó que evacuaran la ciudad las mujeres, los ancianos y los niños, inútiles para la lucha; los dueños de barcos, en las barcas colocaron a sus niñitos, anotó un cronista indígena, los llevaban remando, los conducían remando afanados; nada tomaban consigo; por el miedo de dejar abandonado todo lo suyo y su pequeña hacienda la dejaron perder, según un cronista indígena.

La evacuación quedó suspendida en la primera semana de 1521; la noticia de que el enemigo se había posesionado de Texcoco paralizó momentáneamente la actividad de Tenochtitlán; Texcoco, capital espiritual del Valle de México, había caído sin luchar, su monarca, instalado por los tenochcas después de la noche triste en sustitución de otro que Cortés había impuesto cuando tuvo prisionero a Cacamatzin, se consideró incapaz de enfrentarse al poderoso ejército que Cortés traía de Tlaxcala, y acompañado por muchos de sus allegados huyó para refugiarse en Tenochtitlán.

Dueño absoluto del lago, Cortés prosiguió el avance; al finalizar la primera semana de julio ya tenía en su poder toda la calzada del sur y procedió a atacar las orillas de la ciudad en los mismos sitios de su primer encuentro con Moctezuma, convencidos de que la victoria española estaba próxima, Xochimilco y los demás pueblos del Sur del Valle, se acercaron a Cortés para jurar obediencia y ofrecer guerreros.

La decisión de defender Tenochtitlán hasta el último instante, era fruto de una serie de conferencias celebradas entre Cuauhtémoc y sus principales consejeros; decidido el curso de acción, el monarca anunció que todo aquel que se atreviera a hablar de abandonar la lucha sería ejecutado; Cuauhtémoc alentaba esperanzas de salir victorioso del

trance; los españoles atacando simultaniamente por las calzadas, en ocasiones llegaron a dominar más de la mitad de la ciudad, pero Cuauhtémoc siempre encontraba la manera de rechazarlos en los laberintos de calles, canales, trincheras, pozos y empalizadas; los aztecas disponían de muchos sitios seguros y propicios para causar graves daños al agresor; los canales del islote constituían un obstáculo muy serio para la invasión, pues eran demasido estrechos para permitir el paso de los bergantines y prácticamente imposible el tránsito de los caballos; presionados por la necesidad, los aztecas abandonaron su hábito secular de combatir solamente de día y aprovechando su mejor conocimiento del terreno, realizaron por sorpresa inumerables ataques nocturnos; aprendieron a usar las espadas y picas, los yermos y escudos de hierro que tomaban en la lucha y con sus propios elementos fabricaron lanzas de cinco metros de largo destinados a detener el avance de la caballería, según un cronista advirtieron que los tiros de cañón y arcabuz iban derechos, por lo cual evitaban agruparse caminando en zig zag y se echaron por tierra ante un disparo inminente; inclusive se las ingeniaron para hacer frente a los bergantines; unas cuantas flechas y se hacían perseguir hasta lugares donde tenían trampas, estacas, lodo y paja bajo el agua para que cayeran las naves. Sin embargo, nada de esto era suficiente para detener el avance de los españoles, el cual se realizaban inexorablemente.

Llegó así el 30 de junio, primer aniversario de la noche triste, Cortés se impacientaba y deseoso de acabar de una vez con el enemigo, decidió emprender un asalto general, algunos oficiales, entre ellos el tesorero de Carlos I, opinaron que debía procederse a la toma del mercado Tlatelolco deseoso de congraciarse con el representante real, Cortés aceptó.

Los contingentes de Alvarado y Sandoval debían avanzar en grupos cerrados en sus respectivas posiciones, al principio todo prometió una rápida victoria, los poderosos ejércitos españoles no hacían sino avanzar; muy pronto Cortés recibió noticias de que el escuadrón mandado por el tesorero real, estaba ya en posición del mercado; aquello parecía demasiado fácil para ser verdad y temeroso de una celada, Cortés marchó a investigar mediante un reducido grupo de sus hombres; sus temores estaban bien fundados, como pudo comprobarlo en cuanto llegó a un canal de diez metros de ancho que cortaba una amplia avenida, contra lo convenido la cortadura había sido rellenada muy toscamente, los Tenochcas habían retirado además la mayor parte del relleno; Cortés dió la orden de reparar la falla y atacó furiosamente.

Según parece, los aztecas aliviaron un tanto el hambre que padecían como consecuencia del bloqueo, devorando la carne de sus víctimas; practicaron el canibalismo con sus enemigos, pero no entre ellos mismos. Lluvias intensas que cayeron esos días solucionaron momentáneamente el problema de la sed que los acosaba desde la destrucción del acueducto de Chapultepec.

La victoria azteca cada vez parecía más lejana; Cortés vivió momentos de angustia al pensar que podrían ser abandonados a merced de un enemigo más valeroso y resistente de lo que había supuesto; para colmo, sus oficiales le informaron que la pólvora y las municiones estaban a punto de agotarse, pero tuvo la inspiración de decirles a los desertores que obraran con calma y esperarán en las cercanías que terminara el plazo fijado por los sacerdotes Tenochcas; los indígenas aceptaron el trato, Cortés regresó a resistir tras la fortificaciones el ataque azteca y gracias a la artillería, la posición resultó inexpugnable. Mientras los aztecas realizaban desesperados intentos por expulsar a los españoles, Cortés mandó una columna de soldados sobre los Matlazincas en las cercanías de Toluca; aliados de los Tenochcas que, según se decía, alistaban un poderoso ejército para atacar a los invasores por la retaguardia.

El capitán español reanudó la ofensiva convencido de que debía emplear una nueva estrategia; la experiencia le había revelado que las casas y edificios de la ciudad ofrecían una protección excelente a los guerreros aztecas. en adelante no dejaría ningún edificio en pie, tampoco dejaría canales abiertos para que no circularan por ellos las canoas enemigas. En otras palabras, arrasaría a la ciudad. La tarea de demolición sistemática se inició a fines de julio y participaron en ella 100,000 indígenas aliados que portaban picas, hachas de piedra y otros utensilios; los escombros servían para segar pozos y canales, se trabajaba simultáneamente en todos los sectores: el de Alvarado, el de Sandoval y el de Cortés.

El dilema de los aztecas era terrible: si se cruzaban de brazos, los invasores proseguían inminentemente la demolición de la ciudad; si atacaban en grupos reducidos, un ejército incomparablemente superior los hacía trizas, y si lo hacían en grupos grandes el enemigo se rehusaba a presentar frente, sabedor de que el tiempo estaba de su parte.

Todo el pueblo desfallecía de hambre, no bebían agua potable, agua limpia, sino agua de salitre; muchos hombres murieron; todo lo que comían era lagartijas, golondrinas, la envoltura de las mazorcas; andaban masticando semillas de colorín, lirios acuáticos y relleno de construcción, cuero y piel de venado, lo asaban, lo requemaban, lo tostaban, lo chamuscaban y lo comían. Poco a poco los hicieron retroceder, dice un cronista indígena.

Al principio los Tenochcas enterraban muertos con toda las solemnidades habituales; después se limitaban a esconder los cadáveres en las casas. Hacia el 27 de julio, Cortés, Alvarado y Sandoval habían avanzado lo suficiente por sus respectivos sectores, para que las tres fuerzas se unieran, los tenochcas estaban apiñados en el centro cívico y en unos cuantos barrios de Tlatelolco, que constituían aproximadamente la octava parte del islote; el resto era un páramo de ruinas denominado por un enemigo cada vez más numeroso. Cortés no cesaba de pedir tropas de refuerzo; a pesar de todo, Cuauhtémoc rechazó todas las ofertas para negociar la capitulación, los aztecas pasaban el día poniendo estacas, recogiendo piedras, guardando un poco de lluvia para beber, y en su mayoría dormían en canoas o a cielo abierto, pues los lugares techados donde no habían cadáveres estaban reservados para el reposo de los guerreros más distinguidos. El sitio se prolongaba como pesadilla: un encuentro en una parte de la ciudad, una escaramuza en otra, otras emboscadas y retiradas en las que morían algunos aztecas, algunos españoles ó algunos indígenas.

Cortés concertó varias entrevistas para tratar la paz con Cuauhtémoc y en cada ocasión el monarca faltó a la cita, a pesar de la repugnancia que sentía de seguir luchando contra aquel puñado de infelices. Cortés tuvo que dar órdenes de proseguir el avance sin miramientos, seres famélicos, verdaderos esqueletos armados seguían ofreciendo resistencia; millares de ellos fueron hechos prisioneros o muertos; el día 12 Cortés estuvo a punto de concluir la toma de la ciudad, pero el hedor de los cadáveres resultaba insoportable y los invasores tuvieron que retirarse cubriéndose la nariz.

El 13 de agosto, día frío y nublado, los bergantines de Sandoval terminaron la ocupación de una lagunilla ubicada en el norte del islote; Cortés al mando de la artillería, decidió emplear la poca pólvora que le quedaba en derribar a cañonazos las últimas casas que continuaban en pie, a mediodía, vencida prácticamente la resistencia se emprendió el avance final; el espectáculo dantesco aguardaba a los invasores; el suelo estaba totalmente tapizado de cadáveres y solo encima de los cuerpos se podía caminar. Los guerreros aztecas, vestidos con todas sus galas aguardaban recargándose en las paredes para no caer de debilidad, los que conservaban fuerzas para levantar una macana o arrojar una piedra, lo hacían con la esperanza de que los mataran en represalia. Resonaba por todas partes el llanto de niños, mujeres y viejos; los indígenas del bando cristiano, del bando español, convencidos por fin de que los aztecas no tenían escapatoria, saciaron sus viejos odios llevando a cabo una matanza espantosa. Mientras tanto Cuauhtécmoc celebraba una última conferencia con sus principales allegados; después

de escuchar las distintas opiniones, resolvió huír rumbo a las tierras del norte, donde creía posible encontrar gentes fieles a su causa que le ayudaría a reiniciar la lucha.

Acompañado por su esposa y algunos de sus colaboradores principales, Cuauhtémoc abordó una canoa; las aguas eran patrulladas constantemente por los bergantines y la presencia de la embarcación no tardó en ser advertida; después de una breve persecución, el caudillo azteca cayó prisionero; su captor fue un español apellidado Olguín, que capitaneaba uno de los hergantines de Sandoval. No tardó en llegar a oídos de Crotés la noticia de la captura; en medio de júbilo resultante, se improvisó un escenario decorado con tapices y terciopelos para que sirviera de fondo a la ceremonia de rendición. Cuando Cuauhtemoc llegó al lugar, Cortés lo esperaba sentado en una lujosa silla y con la malinche sentada a su lado; el capitán se puso de pie al ver a su rival. durante unos instantes ambos caudillos se miraron sin decir palabra, luego Cuauhtémoc entregó a Cortés un puñal y le pidió que lo matara; el caudillo español admiraba el valor aún en el enemigo y por supuesto se negó hacer semejante cosa; pidió a Cuauhtémoc y a su esposa que lo acompañaran a comer y todos pasaron un buen rato hablando como si fueran viejos amigos.

Moría la tarde, todo era ruinas en torno al sitio donde se celebró la rendición.

El hedor de los cadáveres resultaba insoportable, ¡cuántos enfermaron a consecuencia de esto! Cortés y otros españoles decidieron trasladar al campamento a Coyoacán, por gestiones de Cuauhtémoc, Cortés accedió a que también los vencidos evacuaran el islote. Se desarrolló entonces un desfile de espectros como pocas veces se ha visto en la historia, los supervivientes de 5,000 a 20,000, según las diversas fuentes, formaron largas filas para marchar resignados a su nuevo destino de esclavos; a pesar de las órdenes de Cortés para que los vencidos no fueran objeto de malos tratos, los indígenas aliados se divertían golpeándolos o apedreándolos; los españoles no se andaban con miramientos cuando se trataba de registrarlos para que no se llevaran nada de valor; los cronistas indígenas relataron la escena de manera incomparable.

Unos van por el agua, otros van por el camino grande, aún ahí matan a algunos. Están irritados los españoles porque aún llevan algunos su macana y su escudo; los españoles al borde de los caminos están requisando a la gente; buscan oro, y también se apoderan de las mujeres, las de piel trigueña, las de buen cuerpo, y algunas mujeres a la hora del saqueo se untan de lodo la cara y se ponen como ropa andrajos, hila-

chas como camisa; las mujercitas llevan las carnes de la cadera casi desnudas, y por todos lados hacen rebusca los españoles, también son separados algunos varones: los valientes y los fuertes.

Cuatro días demoró la tarea de enterrar a los muertos. A continuación viene el momento de celebrar la victoria con un banquete que organizó Cortés en Coyoacán; como invitados asistieron los miembros principales de las tres fuerzas victoriosas; el hecho de que unos días antes hubiera atracado en Veracruz un barco cargado de barricas de vino, las que inmediatamente fueron llevadas a Coyoacán, contribuyó ampliamente a desatar la alegría.

Destruída Tenochtitlán aguardaba a los españoles la tarea de someter al resto de los pueblos mesoamericanos poderosos: los tarascos, los huastecas, los mixtecas, los zapotecas y los mayas. Constituían el mayor peligro los tarascos: dueños de todo Michoacán y parte de Guanajuato, Querétaro y el Estado de México, además de una cadena de territorios aislados que iban por la costa del Pacífico desde Guerrero hasta Sinaloa, poseían un ejército considerable y provisto de abundantes armas de cobre en cuya fabricación sobresalían entre todos los pueblos vecinos. El alzamiento de los tarascos, con seguridad alentaría la rebelión de los otros pueblos importantes, deseosos de saber a qué atenerse.

Cortés envió mensajeros a Tzintzuntzan, la capital tarasca, para preguntar al monarca cuáles eran sus intenciones; a su vez el monarca quizo cerciorarse de que fuesen ciertos los informes que le habían llegado acerca de la destrucción de Tenochtitlán y envió a embajadores con regalos, para que ofrecieran amistad a Cortés y aprovecharan la oportunidad de investigar; Cortés dió a los enviados una pomposa recepción y después de asombrarlos con los lujos que se rodeaba, los invitó a presenciar un simulacro de guerra, en el que sus soldados dispararon en abundancia cañonazos de salva; luego los llevó a ver el páramo donde había estado la ciudad de Tenochtitlán y los embajadores quedaron paralizados por el terror.

El monarca tarasco se negó todavía a dar crédito a los informes, envió una nueva embajada que encabezó su hermano favorito y cuando éste regresó con las mismas noticias, el monarca optó por hacer personalmente el viaje, Cortés lo recibió con las demostraciones habituales y el monarca tembloroso de miedo, sin tardanza mostró su misión, su sometimiento fue tan abyecto, que los aztecas le pusieron el apodo de "Caltzonzin" que significaba huarache viejo.

Los tarascos se llaman a sí mismo michoacanos o purépechas; el nombre de tarasco que significa "yerno" le quedó porque acostumbraban llamar así a los españoles, al entregarles como obseguio a sus hijas. Bastante distinto fue el comportamiento de los huastecas, de los mixtecas, de los zapotecas, mayas y pueblos nómadas del norte que seguían en plan de insurgencia. La colonia iniciada por Hernán Cortés llegó a tener una extensión que superaba los cuatro millones de kilómetros cuadrados. No se dispone de una cifra exacta al respecto, pero la frontera del sur, ubicada en los límites de Oaxaca y Chiapas, donde comenzaba la capitanía general de Guatemala, era sumamente imprecisa y la del norte lo era muchísimo más por no haberse fijado los límites de California, Texas y restantes provincias septentrionales; ese inmenso territorio comenzó a integrarse el 13 de agosto de 1521, cuando Cuauhtémoc, prisionero de Hernán Cortés, dejó al conquistador en posesión de los dominios aztecas, que comprendían la mayor parte del centro de México, las tierras totonacas del Golfo y algunas fajas de Guerrero y Oaxaca.

Unos meses después de la fecha citada, el rey tarasco se presentó ante Cortés y el espanto que experimentó al contemplar la destrucción total de la metrópoli azteca, determinó que de inmediato jurara vasallaje al rey español y le entregara sus dominios; además de Michoacán, éstos abarcaban parte de Guanajuato y Querétaro y diversos énclaves de la costa del Pacífico, desde Atoyac, Guerrero, hasta el Sur de Sinaloa.